

naturaleza misteriosa, que taladran nuestros escudos como si fueren de blanda cera, y nos acechan desde la sombra para darnos el golpe mortal, sin dejarnos siquiera la satisfacción de la batalla. Luchar con ellos es tan insensato como combatir desnudos con leones de Hircanía ó tigres de Bengala.

¡Mal hayan amén los primos de las muchachas bonitas!...! Pero quién fuera uno de ellos!

.....  
Hé aquí lectores, la jaculatoria que entoné en alabanza de esos felicísimos parientes, tan luego como mi tío hubo concluido su relato, y me abandonó frente á las ventanas de Lola, á solas con mi amargura y con mi despecho.

## IX.

### EL BAILE.

Tenía la casa que habitaba mi familia un corredor extenso, largo, ancho y de elevada techumbre; como quien dice, oro molido para gente bailadora.

Formóse por aquellos días una compañía

de jóvenes alegres y de buen humor, que poniendo á contribución sus bolsillos, proyectaron un baile rumboso, al cual deberían ser invitadas todas las familias que veraneaban en San Pedro; y convinieron en que no había sitio más á propósito al efecto, que el corredor de mi casa. Ahí podría caber ampliamente la concurrencia, dejando espacio bastante para que buen número de parejas saltase al compás de la música. Así que fué nombrada una comisión con el objeto de que se acercase á mis padres á suplicarles proporcionasen aquel local para el noble fin indicado.

Resistieron los autores de mis días largo tiempo á los ruegos de la comisión, pues profesaban, y con sobrada justicia, la sabida máxima de que *baile y tocino en la casa del vecino*; pero tales y tan reiteradas fueron las instancias de los comisionados, que acabaron aquellos por otorgar la concesión que se les pedía, poniendo el corredor y algunos otros aposentos á disposición de los organizadores de la fiesta.

Acto continuo comenzaron los preparativos. Condujéronse al local, sillas, espejos, alfombras, lámparas y demás útiles indis-



pensables para el sarao, poniéndose para ello á contribución los menajes de todas las casas, pues á todas se ocurrió en solicitud de muebles y adornos. A decir verdad, después de clavada la alfombra, colgadas las lámparas, suspendidos los festones y colocadas las lunas y asientos en sus respectivos sitios, producía el corredor cierto imponente respeto, semejante al que causaría la galería de un palacio. Parecía imposible que aquel aristocrático lugar, fuese el mismo destartalado corredor donde solían piar ordinariamente los pollos y dormir enroscados los gatos, y donde había por todo ajuar cuatro equipales de cuero, dignos de los tiempos de Moctezuma.

Desusado movimiento se apoderó de la sociedad congregada en la generosa villa. No se hablaba en todas las casas de otra cosa que no fuese del baile, que prometía ser encantador y muy elegante; compraban telas, guantes y dijes las jóvenes, y era un ir y venir de Guadalajara á San Pedro para arreglar los preparativos de la fiesta, como nunca se había visto en todo el tiempo trascurrido desde el principio de la estación. Répartieronse numerosas invitaciones; no

hubo familia de las de algún viso que no fuera convidada; así es que la alegría era general, y se esperaba con ansia la llegada del día en que debería realizarse el festejo.

Hubiera visto yo con gran regocijo y caloroso entusiasmo aquellos preparativos, á haberme hallado en situación de ánimo menos triste y abatida; pero todo me parecía obscuro á través de mis pensamientos, y no hallaba cabida en mi corazón ninguna chispa de alegría, porque sólo presentía contratiempos y dolores. No sabía si Lola vendría ó no al baile; no había vuelto á hablarla desde hacía algunas semanas, desde la escena de la huerta, ni había recibido carta ni recado verbal de su parte. La circunstancia de haberse de celebrar la reunión en mi misma casa, hacíame concebir sospechas de que la Sra. D<sup>ca</sup> Agustina no consintiese en llevar á su hija al sarao; pero había una voz secreta en mi interior, que me decía, que no era yo temible para la madre de Lola, y que de galán correspondido y peligroso, había descendido ya á la categoría de pobre muchacho inofensivo.

Aguardaba no obstante, con impaciencia la llegada del importante suceso, con la an-



gustia mezclada de deseo con que se espera una crisis.

Las horas lentas que arrastraron con pe-  
reza el carro del tiempo durante aquella pe-  
nosa expectativa, pasaron al fin, y llegó la  
noche tan temida como anhelada.

Resplandecía el corredor apercibido para  
el baile, como una ascua de oro. Habíanse  
prodigado las luces por todas partes; osten-  
taba el gas por donde quiera sus múltiples  
llamas vibrantes y delgadas, como lenguas  
de inquietas viborillas; y escuchábase en el  
vasto local, el tenue y constante silbido que  
salía de las mil lámparas inflamadas que  
fulguraban bajo bombillas de cristal suspen-  
sas en los aires. Reproducían de tal modo  
los espejos tan brillantes fulgores, que pa-  
recía que el día prisionero no había podido  
abandonar aquel recinto, donde iba á ser con-  
fidente y testigo de magníficas escenas de  
amor y de alegría.

Audieron los músicos bastante tempra-  
no, y aun no habían llegado los invitados,  
cuando rompieron á tocar situados en un  
tablado erigido á un extremo del corredor.  
Privaba entonces la música de Strauss. Re-  
suerdo que la primera pieza escogida por los

filarmónicos para dar principio á la fiesta,  
fué el divino wals denominado *El bello Da-  
nubio azul*, que no he podido desde entonces  
oír sin emoción íntima y profunda. No, no  
han vuelto á sonar después en mis oídos los  
acordes de una orquesta como en aquel en-  
tonces, en que mi corazón virgen sufría los  
primeros pesares, y en que mi espíritu, ape-  
nas salido de los nimbos de la infancia, todo  
lo hallaba nuevo, poético y hermoso. La si-  
tuación especial de mi ánimo hacía me encon-  
trar mayor encanto en las armonías; melan-  
cólico estaba y constantemente enternecido;  
parecía que una mano misteriosa me oprimía  
el corazón deslizándose en mi pecho; cru-  
zaban ante mis ojos extrañas visiones,  
unas veces de alegría otras de tristeza;  
escapábanse de mis entrañas á cada instan-  
te hondos suspiros que aliviaban mi angus-  
tia breve espacio; y mis ojos llenábanse á  
cada momento de lágrimas, como si mi pen-  
samiento fuese una elegía constante y dolo-  
rosa.

Las notas del wals, con ser tan vivas y  
alegres, sumíanme en amarguísima absor-  
ción; parecíanme la voz de otros días,  
que me hablaban de muertas ilusiones, es-



peranzas fallidas y alegrías que nunca volverían. Los maestros que interpretaban de una manera tan mágica la composición de Strauss, no eran ciertamente viles artesanos de la música, de esos que tañen las cuerdas y soplan los instrumentos tan sólo por el salario que reciben; eran verdaderos artistas, que se entregaban al goce de la armonía, interpretando sus propios sentimientos, sus mismas ideas, sus personales é íntimos ensueños. Así son y han sido siempre nuestros músicos, Dios sea loado. En esta tierra de Jalisco, rincón de Italia escondido en el suelo americano, no hay corazón que no esté iniciado en los misterios del divino arte, no hay profesor ó aficionado en asuntos filarmónicos, que no ponga su propia alma en la interpretación de las obras que cante ó ejecute.

Como las abejas acuden al panal al alegre sonido de la campana, así comenzaron á acudir á la casa del baile los convidados, al repercutir por los ámbitos del pueblo los regocijados sonidos de la orquesta. Presentáronse las familias formando grupos. Venían delante las niñas cogidas del brazo, de dos en dos, envueltas en blancos abri-

gos, calzados los guantes, y llevando el elegante abanico pendiente de la muñeca, con cadenillas ó cordones de seda. Recogidas las faldas para evitar el contacto del sucio pavimento de la calle, dejaban ver los menudos piececillos primorosamente calzados, que parecían acariciar más bien que hollar el suelo que pisaban.

Hacían los honores de la recepción los jóvenes invitantes recogiendo en la puerta sombreros y abrigos, dando el brazo á las damas y conduciéndolas á los asientos.

Comenzó la fiesta con cierta frialdad y encogimiento, mientras la concurrencia fué escasa. Casi no había quien osara elevar la voz, cuando callaba la música; y no se oía más que el chasquido de los abanicos que abrían y cerraban á cada paso y con mano nerviosa las bellas concurrentes.

De las últimas llegó la familia de Lola, sin duda por ser costumbre entre gente aristocrática, no presentarse al principio de las fiestas, para no dar motivo á que se crea que se han dado prisa para ocurrir al alegre llamado; así es que halló el corredor lleno de gente, ocupados los asientos y convertido el sarao en una bendición de Dios por



el buen humor, el bullicio y la algazara que reinaban por todas partes. Fué menester desalojar de sus asientos á algunos chicos que se habían deslizado á la primera fila, para en contrar donde colocar á la Sra. D.<sup>ca</sup> Agustina, á Lola y al primo D. Tomás, que les servía de caballero.

Al apareamiento de mi amada, hubo, como siempre en tales casos, sensación en el concurso, pues ciertamente no era Lola del número de aquellas mujeres que pueden pasar inadvertidas; fijáronse en ella las miradas, y atravesó el improvisado salón á manera de una reina por en medio de su corte. Faltaron empero en esta vez, los rumores que anteriormente tanto me halagaban, aquellos que me hacían partícipe de los triunfos de mi novia, y me asociaban á su nombre, como al feliz mortal dueño de sus virginales pensamientos.

No hubo ya quien dijera, designándome:

—Es la novia de aquel muchacho.

Por el contrario, oí que se murmuraba en los grupos:

—Es novia del joven que la acompaña.

—¿Y quién es él?

—Es su primo.

Y los ojos pasaban del rostro blanco y sonrosado de Lola, al atezado y bigotudo de su compañero.

Sentía que el despecho y la rabia hacían hervir mi sangre. Hubiera querido poner silencio á aquellos diálogos, gritando:

—¡Mentira! Lola no es novia de su primo, porque no le quiere, por que yo soy el preferido, porque no más á mí me ama.

Pero ¡ay! la respiración se me cortaba en la garganta al decir mentalmente estas frases, porque de un rincón de mi herido pecho brotaban estas otras:

—Mentira es lo que pretendes; Lola no te quiere ya; te ha olvidado, te ha dejado por su primo. ¡Bien lo sabes, silencio!

Y en efecto, aunque nada supiera por boca de ella misma, demasiado me decía el corazón, que era cierta mi desventura. Pero luchaba contra la suerte con desesperación, como el naufrago contra las olas, y no quería darme por vencido, sino cuando recibiera de Lola el golpe mortal que tanto recelaba.

Deslicéme tímidamente entre los grupos, y fuí á situarme debajo de un arco del corredor, detrás de las sillas destinadas á los



concurrentes, y frente al sitio ocupado por Lola. Miróme ésta á poco rato, deteniendo en mí los ojos breve instante; mas entabló luego animada conversación con D.<sup>ra</sup> Agustina y con D. Tomás, que estaban á su lado, y no volvió á ocuparse de mí, pareciendo consagrada en alma y cuerpo á pasar revista á la concurrencia. Analizó con espacio los trajes de las bailadoras, riéndose de no pocos que debe haber hallado *cursis*, y siendo en todo secundada por el primo, que parecía burlón y diletante en asunto de modas. En vano esperé que me dirigiese una de aquellas profundas y largas miradas que me dejaban tan contento en otras épocas, y que me hacían sentir emociones tan vivas; sus pupilas azules fijábanse en todas partes, á mi derecha, á mi izquierda, pero no en mí, y sólo á mí me olvidaban, dejándome encerrado en doloroso paréntesis.

A medida que el tiempo pasaba y que me penetraba más adentro la convicción de que Lola no hacía ya aprecio de mí, aumentaban mi angustia, mi despecho y mi cólera. Si D. Tomás no hubiese estado tan distraído, y hubiese reparado en mí, habría visto mis ojos como astuas encendidas, envolver-

le en relámpagos de ira. Los galanes más guapos y elegantes arremolinábanse no obstante, delante de la ingrata, solicitando que los acompañase á danzar; pero ella se negaba á rendirse á sus instancias, alegando no saber hacerlo ó estar un tanto indispuesta. Tal conducta me hacía acariciar aún una esperanza postrera.

—Quizás Lola no me mira por evitar que se irrite su mamá; pero me manifiesta suficientemente su deferencia y que todavía me quiere, negándose á bailar con los demás, según lo convenido. Si á todos resiste, si tiene entereza para no doblegarse á tan reiteradas instancias, es sólo por mí; su conducta es harto elocuente y debe dejarme tranquilo y seguro de su afecto.

Como el navegante que, perdido el barco en la tempestad, se refugia en el bote, y destruido éste, se coge de una tabla esperando salvarse y ver llegar el buque que le ponga en cobro, refugiábame yo en cualquier reflexión halagüeña, en cualquier hecho frívolo, en la más insignificante apariencia favorable para hallar algún alivio á mi pesadumbre y dar entrada en mi corazón á las doradas ilusiones que me abandonaban.



Obra de una hora duraría en aquel potro de tormento, acongojado de continuo, y sólo alentado á las veces por rayos fugitivos de una esperanza que se desvanecía. Al fin sobrevino un hecho que puso el colmo á mi dolor, é hizo que rebosara la copa de mi sufrimiento. Preludió la orquesta una danza habanera, de esas lentas, acentuadas, llenas de fuego tropical, henchidas de pasión candente y arrobadora. ¡ Con cuánta delicia habría bailado con Lola aquella pieza, llevándola en mis brazos y arrullándola al compás de la música, como á un niño dormido! Cerré los ojos por un momento, figurándome que realizaba esta ilusión, y suspiré con tanta fuerza como si gimiese. Cuando los abrí, no estaba Lola en su asiento. Doña Agustina ocupaba no obstante, el mismo sitio; pero D. Tomás no se hallaba tampoco delante de mí. ¿Qué había sucedido? ¿dónde se encontraría mi rubia adorada?

Busqué con los ojos, presa de inmensa agitación, por todos los ámbitos del corredor y no logré columbrarla. Los volví instintivamente al jardín sumido en la penumbra, y no tardé en distinguir la falda clara de mi amada á la luz de los farolillos vene-

cianos. Lola paseaba por ahícol gada del brazo de su primo. ¿Era verdad lo que veía, ó era un delirio enfermizo de mi cerebro?... Era verdad, era una triste verdad. Háblale D. Tomás de cosas muy dulces sin duda, porque ella le sonreía; y me parecía distinguir sus labios carmesíes, y á través de ellos, la blancura mate de sus menudos dientes. ¡ Yo había tenido el ensueño y D. Tomás le había realizado!

Sentí que un velo negro pasaba por mis ojos, y que mis piernas vacilaban con el peso de mi cuerpo. ¡ Otelo al ver el pañuelo de Desdémona, que le presentaba el pérfido Yago, no sufrió mayor tormento que el mío, cuando ví á mi adorada Lola, á la predilecta de mi corazón, al primer amor de mi vida, haciendo ostentación de una doblez y de una perfidia que jamás hubiera sospechado en ella, como no se sospecha el delito en el espíritu purísimo de los ángeles!

Las personas adultas miran con desdén los padecimientos de los corazones infantiles enamorados; pero hacen mal, porque esos corazones son susceptibles de tanto sufrimiento como los de los viejos. Y acaso padezcan más, porque carecen de egoísmo,



porque son candorosos, porque no están encallecidos por la experiencia y por la ingratitude, y porque se sienten desamparados y no hallan á donde volverse en busca de alivio ó compasión.

Huelgan en los trances dolorosos las moralejas que tan buen papel hacen otras veces, predicando el juicio, la abstención, la no festinación de los sucesos y de las épocas; puesto que no es racional disertar sobre lo que se debe hacer, cuando existe ya en pie una obra consumada buena ó mala, que constituye un hecho real é imprescindible. Tanto mejor si se reserva la virginidad de los sentimientos para la edad en que pueden realizarse los votos del corazón. Mil veces dichosa aquella alma que no llega á sentir la explosión del sentimiento, sino cuando puede unirse al alma que la cautiva. Pero ¡qué remedio cuando el drama se desarrolla prematuramente! ¿Cómo decir al corazón: espera, sujétate al calendario (tal vez al reloj), y no sientas, ni ames, sino el año indicado y á una hora dada, según el programa lo determine? No se conoce fuerza moral capaz de producir ese resultado, simplemente porque es absurdo; pues los

afectos, así como las ideas, vienen al espíritu de zonas desconocidas, y se van á lo ignorado, á la hora que marca el destino, y no la voluntad de los hombres.

Perdóneseme la digresión; vuelvo al interrumpido relato.

Al ver la perfidia de Lola, sentí que la sangre se agolpaba á mi cerebro y oí zumbar en mis sienes sorda tempestad llena de mugidos. Dejé el escondite y me lancé al salón del baile. Atravesé por enmedio de las parejas de bailadores, chocando bruscamente con ellas, sin dárseme un ardite de mi rudeza, y oyendo con indiferencia las quejas ó protestas que levantaba á mi paso. No sabía qué hacer; carecía de plan y de propósito; marchaba al acaso, dominado tan sólo por esta idea: vengarme, acabar de una vez con aquella situación insostenible. De pronto oí una alegre voz que me llamaba:

--Adiós, Antonio --me decía, --¿á donde va vd. tan de prisa?

Volví el rostro y ví á Pepa, á la traviesa Pepa de los juegos de estrado. Recordé que Lola lá tenía ojeriza, que le habían desagradado las amabilidades que en otro tiem-



po me tributara, y que se había alegrado de que mi tía política le hubiese asentado las costuras durante el juego del *lobo*, en la casa de D<sup>ca</sup> Jacinta; y en el momento brotó en mi fatigado cerebro una idea que me pareció luminosa. Dirijíme á la joven serenando el semblante cuanto más pude, y con amable sonrisa díjela:

—Buscaba á vd. precisamente.

Quedó Pepa sorprendida de mi descaro, y soltó una alegre carcajada.

—Esa mentira no cuela, repuso.

—Es la verdad.

—¡Como si no hubiera visto á vd, desde hace rato mirando á Lola con ojos de borrego degollado, debajo de aquel arco del corredor!

—Pero yo no había visto á vd.

—¡Estaba vd. tan embobado!

—En fin, Pepa, vengo á suplicarle me acompañe á bailar.

—¡Cómo! ¡Si vd. no sabe de eso, hombre de Dios!

—Vd. me dará una leccioncita; perdone la confianza.

—Pues se ha lucido vd., porque la pieza que se está tocando es shottish, quiere de-

cir, lo más difícil de cuanto se baila; pero, en fin, vamos á ver qué es lo que podemos hacer.

Diciendo esto, levantóse ágilmente. Era tan ligera y nerviosa, que aun al andar parecía seguir con sus movimientos el ritmo de la música. Estreché su cintura cimbradora, é hice varias tentativas, pero todas inútiles. Cuando ella avanzaba, yo retrocedía, y cuando ella saltaba para arriba, saltaba yo para abajo. Reía Pepa de buena gana al ver mi torpeza, sin pizca de mortificación por el concurso, ni de desagrado conmigo, y tomó á pechos darme la lección de baile solicitada, con una gracia y un buen humor encantadores. Con tal motivo íbamos de un lado á otro del corredor, sirviendo de estorbo á las parejas y embistiéndolas de frente con rudos golpes. Una de tantas veces encontramos á Lola y á D. Tomás que volvían á su asiento, y me pasé de largo sin fijar en ellos la atención, como si no los hubiese visto.

—Descansaremos un poco—díjome Pepa después de un rato, cogiéndome el brazo—daremos algunas vueltas para continuar luego la lección.